

Las leyes del pensamiento

Por ENRIQUE GUARNER

EL pensar es la actividad psíquica en virtud de la cual las ideas o datos derivados del conocimiento, son impulsados por una tendencia determinante, se seleccionan con un propósito más o menos consciente siguiendo un proceso directivo o asociativo.

Por lo tanto el pensamiento toma numerosas formas conformando un cuadro mental sobre alguna persona, acerca de nuestro pasado, para seleccionar una labor, planear un viaje, escribir un conjunto de palabras, resolver problemas del futuro o refugiarnos en una fantasía. Todas estas maneras de pensar pueden denominarse simbólicas o procesos implícitos, puesto que no contendemos con los objetos, sino con sus representaciones. Es esta característica la que otorga al pensamiento su fundamento y valor. En otras palabras, la referencia simbólica nos libera del contacto con lo material, permitiéndonos imaginarlo o recordar su forma de ser.

Como señalamos al comenzar este artículo, existen dos tipos de pensamiento. El directo controlado y con finalidad, porque persigue una meta definida y el libre o asociativo. Uno de los aspectos comunes en el primero es la crítica cuando juzgamos la eficacia o invalidez de una persona u objeto. Con frecuencia la censura o alabanza se establece por comparación confrontando dialécticamente nuestra opinión.

Dentro de las secciones que observamos en el pensamiento dirigido se incluye:

- 1) El estudio significativo de los símbolos utilizando la técnica diferencial;
- 2) La naturaleza y formación de los conceptos distinguiéndolos entre sí;
- 3) El lenguaje pensado reflexionando sobre sus implicaciones
- 4) La resolución de problemas y,
- 5) La creatividad utilizando ideas originales o improvisadas.

El pensamiento asociativo constituye un proceso sin control que se lleva a cabo libremente. Es la mejor manera de conocer las necesidades y deseos de una persona, por lo cual Sigmund Freud le adjudicó una importancia fundamental.

Aunque la mayoría de los estudios sistemáticos sobre el mecanismo del pensar parten de este siglo, puede decirse que Charles Darwin ya se interesaba en el tema. En efecto, en «The origin of species» publicado en 1859, el descubridor de la teoría de la evolución se preguntaba: ¿Qué es el pensamiento? ¿Cuál es la materia que lo compone? y ¿En qué forma se relaciona con las demás actividades del organismo?

La teoría de Darwin sugería una metodología a través de la cual se comparara a las diferentes especies y su capacidad para percibir relaciones utilizando el proceso adaptativo.

En 1909, el psicólogo Edward Lee Thorndike realizó los primeros experimentos de laboratorio con el objeto de demostrar cuantitativamente la disposición para reaccionar en distintos animales sometidos a condiciones conocidas. Sobre estas bases el autor concluyó que los primates, gatos y caninos cometían menos errores y presentaban mayor vivacidad que otras especies zoológicas. Cabe señalar que aunque estos trabajos se referían a la velocidad de pensamiento, también se conectaban con el aprendizaje temprano.

A lo largo de los siglos, se creía que las ideas poseían imágenes mentales. Sin embargo, a partir de 1900 los psicólogos de la escuela de Würzburg en Alemania cuestionaron este punto al observar que cuando preguntaban el nombre de una fruta, la respuesta inmediata era manzana o naranja. Ninguno de los interrogados representaban figura mental alguna, por lo que su pensamiento carecía de imágenes, o sea, que la idea es un proceso independiente del objeto.

Con ello podríamos determinar que existen asociaciones de simultaneidad. Por ejemplo, el perfume de una rosa nos recuerda a esta flor, porque su estímulo ha actuado un gran número de veces en nuestra mente consciente fijándose mecánicamente en ella. Para las operaciones mentales las asociaciones constituyen la base del pensamiento. Estas se unen por semejanza, contigüedad o contraste y terminan por convertirse al añadirle la memoria, en reflexiones lógicas. Esto sucede fundamentalmente en las personas inteligentes, donde las relaciones tienen contenido y se utilizan conocimientos partiendo de cualquier punto. Los hombres talentosos poseen un número enorme de posibilidades al trazar uniones con referencias intermedias que se engarzan y seleccionan dando lugar a conclusiones razonables.

En cambio, los individuos torpes permanecen esclavos de un pensar rutinario, caminando sobre rieles dentro de una memoria primitiva y estática. En otras palabras, se carece del flujo de ideas, porque éstas son siempre temporales y poco selectivas.

Los pensamientos en las personas inteligentes siempre tienen una dirección aunque no ofrezcan un propósito determinado. Ello sucede porque existe invariablemente un punto de partida desde el cual se desenvuelven los demás y que denominamos «idea directriz». Cualquier concepto que se emita contiene esta representación fundamental como podemos observar al examinar el título de un libro donde aparece el tema principal y los capítulos constituyen ideas secundarias derivadas de la constelación central.

Por lo tanto, la «idea directriz» encierra el marco de referencia al cual deben ajustarse los pensamientos para que sean coherentes y los podamos aceptar. Es decir, que gracias a ella se efectúa la selección de las múltiples conexiones asociativas que pueden colocarse en un momento dado.

Sin embargo, esto tampoco es absoluto, porque por ejemplo para escribir este artículo han ido acudiendo a mi mente ideas y palabras de las cuales he tenido que hacer una selección cuidadosa pensando en su valor y significado. Por supuesto que en mi vida diaria esto no sucede así, sino que entonces nunca elijo vocablo alguno. La razón estriba en que si tuviera que hacerlo al contestar una pregunta, tardaría una cantidad extraordinaria de tiempo que me impediría responder. En conclusión, entre un cuestionamiento y su réplica solamente actúan el pre-consciente y el inconsciente.

Durante la conversación social se evita intencionalmente la comunicación sobre algún punto determinado, desviándonos hábilmente en algún momento del discurso hacia nuevos derroteros. Arturo Schopenhauer se burlaba de las charlas de las gentes diciendo que era como jugar al dominó, en el cual la última jugada determina la elección de la siguiente y ésta la de la otra, que no ofrece relación alguna con la primera. Apenas si resulta posible hacer una mejor comparación para poner de manifiesto la naturaleza del llamado flujo de ideas.

El dominio absoluto de las «ideas directrices» solamente se presenta en el razonamiento lógico y en especial en el matemático. El otro extremo se halla en los casos de las personas que toman una actitud pasiva dejando vagar sus pensamientos permitiendo su completa «relajación». Es entonces cuando se desliza por vías periféricas cambiando en cada instante, produciéndose las divagaciones que pueden transformarse en incoherentes cuando estamos en la presencia de los esquizofrénicos.

Emociones y pensamiento

Frecuentemente tenemos la impresión de pensar rápidamente y con facilidad cuando experimentamos una alegría, oímos una música que nos gusta o leemos algo que nos ha excitado. Es por ello que un estado gozoso o bajo la influencia del alcohol se agilizan las ocurrencias o chistes. En contraste, nuestras ideas se vuelven lánguidas y arrastradas en el momento en que estamos tristes o deprimidos. Al recordar algún suceso doloroso paramos nuestro discurso y las palabras se resisten antes de ser evocadas. A veces hasta tenemos que interrumpimos para proseguir con la disertación.

Debemos concluir que nuestros estados de ánimo persistentes producen una constelación de ideas que corresponden a lo que sentimos en el momento.

Una emoción intensa puede acelerar o detener el curso que sigan las representaciones. Es más, cuando dos ideas pugnan por salir al consciente, siempre triunfará la que esté más viva desde el punto de vista afectivo, o sea, aquella que posea el tono sentimental de mayor intensidad. Esto se observa con facilidad si una madre tiene a un hijo en peligro, o un estudiante se ve amenazado por un examinador; en ambos casos resulta difícil dejar de pensar en la preocupación que las situaciones provocan. En los dos incidentes las ideas que se desencadenan no detentan conclusión puesto que nunca podemos asegurar con certeza el desenlace, por lo que constantemente reflexionamos sobre los acontecimientos posibles.

Todo esto sucede debido a que estamos involucrados emocionalmente, lo cual se demuestra, porque cuando pensamos en problemas teóricos que no nos incumben personalmente, podemos interrumpir nuestras meditaciones en el instante que nos dé la gana.

Por consiguiente, solamente cuando se juntan un tono afectivo y la imposibilidad de resolverlo, una misma idea se apodera de nuestra mente. Es por esta razón que la mayoría de las personas soportan mejor una desgracia que el temor de que ella pueda suceder, puesto que esta última obliga a una tensión persistente.

Podríamos concluir que ninguna de las leyes del pensamiento es absolutamente válida, dado que ellas son elásticas y frecuentemente dejan de cumplirse, por lo que en mi próximo artículo revisaré la teoría de Freud sobre la libre asociación.